

dad consiguiente de atraer á estas al conocimiento de su Creador, reclutó en presencia de la escolta algunos neófitos y una inmensa multitud de indios. El padre Lazuén iba acompañado de los padres Peyri y Santiago. El lugar en que la nueva misión se fundó era llamado por los indios, Tacayme, y por los españoles que habían hecho la primera expedición en 1769, San Juan Capistrano, y más tarde, Capistrano el viejo. La nueva misión fué puesta bajo el patronato del ínclito Rey de Francia San Luis IX. El bautismo de 54 niños dió especial solemnidad á aquel dichoso día en que nació para aquellos indios afortunados la luz que debía ilustrarles y atraerles al seno de la Religión del Crucificado, y caminar así por el sendero de la salvación. Así se fundó el décimo octavo convento en California, á contar de la primera misión de San Fernando erigida por el Venerable Fray Junípero Serra, cuya muerte había acaecido á las dos de la tarde del día 28 de Agosto de 1784.

El padre Peyri fué el encargado de la misión, y bajo sus vigilantes cuidados y con la bendición de Dios, comenzó aquella á prosperar desde sus comienzos; pues que en solo la primera semana había ya el padre bautizado á 77 niños. Aquel activo operario edificaba con la palabra y con el ejemplo, y enseñó prácticamente á los indios la fabricación de los adobes, batiendo y moldeando personalmente el lodo, de modo que al siguiente mes de establecido tenían ya seis mil adobes para los edificios. Llegó á alcanzar gran popularidad entre los indígenas, quienes cobraron tal cariño á la obra de la misión que al terminar el año, el Padre Peyri tenía construida una linda capillita para la celebración del Santo Sacrificio y algunos millares de adobes para levantar extensos edificios. Cociéronse también tejas para los techos, y ladrillo para los arcos y pilares, así como para los contrafuertes.

Todavía hoy las antiguas ruinas del convento, que ocupan más de seis acres de terreno, pueden dar una idea exacta de los trabajos emprendidos en aquel tiempo para levantarlo. Los muros de la iglesia tienen un espesor de cerca de seis piés; la altura de ella es de treinta y siete; mide á lo largo ciento setenta y el ancho es de setenta y siete. Entre una y otra pared, que forman los cruceros, hay setenta piés.

Desde el mes siguiente al de la fundación, el Padre Faura se

reunió al P. Peyri, que siguió trabajando con infatigable celo por la gloria de Dios y la salvación de aquellas pobrecillas almas. En 1798 se bautizaron 214 personas y antes de terminar el de 1800 había ya 337 neófitos. Desde la fundación de la misión contábanse 371 bautismos y 56 defunciones. El P. Peyri proseguía trabajando en la misión á pesar de que sus compañeros eran con frecuencia removidos sustituyéndoles otros. En 1810 el número de neófitos ascendía á 1519, habiendo recibido el bautismo durante los diez años transcurridos 1451 personas y contándose en el mismo lapso de tiempo 411 defunciones. En 1816 el P. Peyri fundó una estación auxiliar de la misión en Pala, bajo la advocación de San Antonio, como á las 6, ó las 7 leguas distante de San Luis Rey, juntándose allí en uno ó dos años más de 1,000 indios para oír el Catecismo que uno de los padres solía darles en la capilla. La misión continuaba su gloriosa tarea de atraer á la civilización cristiana á aquellos indios infelices. En el año 1826 tocaba en su apogeo llegando el máximo de neófitos convertidos á 2,869. El P. Peyri multiplicaba sus afanes trabajando, no solo entre los indios, sino también en el corto número de blancos que había en la misión, llegando á 35 ese número en el año 1828; y no obstante las dificultades que tuvo que arrostrar, permaneció en la misión hasta el año 1831 en que dejó aquel campo del Señor en el cual con tanto afán había trabajado durante 33 años, para regresar á su patria, Cataluña.

En 1832 el Padre Fr. José Antonio Anzar sucedió al P. Peyri y desde 1833 hasta 1836 el Padre Fr. Buenaventura Fortuny trabajó en la misión. Ignórase quien estuvo allí desde 1837 hasta 1839, exceptuando los padres Oliva y Abella que visitaron la misión. El número de neófitos en 1834 llegó á....., 2,844.

Durante el tiempo bonancible de la misión (1798 á 1834,) el número total de bautizados fué de 5,561; de los cuales 3,539 fueron indios adultos; 1862 indios párvulos y 192 niños de gente española. El mayor número de indios pobladores de la misión fué 2,869 por los años 1826. Había allí ordinariamente de 20 á 50 españoles avecindados. El mayor número de ca-

bezas de ganado que llegó á haber fué, en 1832, ganado vacuno, 27,500.— En 1828 había 2,226 caballos y 345 mulas.— El ganado lanar, en 1819, llegaba á 28,913 cabezas y 1,300 cabras en 1832.—El ganado de cerda era en número de 272 en el año 1819, y el número total de animales en 1,828, de todas clases, era 58,769. El producto total de siembras alcanzó la cifra de 114,528 fanegas de trigo; 94,600 fanegas de cebada; y 10,215 fanegas de frijol.

En 1833 se inició la secularización de la misión con la llamada "emancipación" que, por vía de experimento, decretó el gobernador Figueroa, viniendo á renglón seguido la confiscación final ejecutada en Noviembre de 1834 por el capitán Portilla encargado de ella; y según el inventario á él presentado por el Padre Fortuny, la existencia en solo metálico era de *cuarenta y seis mil seis cientos trece pesos* y las deudas alcanzaban la suma de *catorce mil, dos cientos veinte y nueve pesos*. En el inventario practicado en 1835 á 22 de Agosto, aparecía un avalúo cuyo monto ascendía á *dos cientos tres mil, setecientos cincuenta y siete pesos* y una deuda de *noventa y tres mil pesos*, comprendiéndose en el avalúo la Iglesia con 64×10 varas de terreno valuado en \$ 30,000 y cinco ranchos valuados en \$ 40,337. Las propiedades de la misión fueron vendidas en \$ 2,437 por el gobernador; pero después el General Fremont desposeyó al agente de los compradores, quienes jamás pudieron volver á obtener la posesión. Algunas dudas y gestiones se suscitaron entonces y después; pero por fin se rechazó el título declarándolo sin validez por la sencilla razón de que el gobernador jamás estuvo autorizado por nadie para vender las propiedades anexas á las misiones. La mayor parte del año 1847 un enjambre de mormones se estableció en aquellos sitios; mas desde el mes de Agosto del mismo año el capitán Hunter tuvo aquellos terrenos á su cargo, sucediéndole en él después temporalmente William Williams.

Todavía en 1892 no estaba totalmente destruída, pero se mantenía en un estado muy deplorable. Todo lo demás de la misión estaba en ruinas, de modo de no encontrarse un solo cuarto techado. Esta destrucción, más que del tiempo, fué obra del vandalismo. Primero se llevaron las tejas, después la madera y una gran parte del ladrillo, quedando por esta causa

las paredes de adobe expuestas á verse derrumbadas por las lluvias, viniéndose á abajo poco á poco.

Al lado izquierdo del altar mayor de la Iglesia están sepultados los restos del V. P. Fr. José María Zalbidea, último franciscano que residió en la misión de San Luis Rey. Nació en Bilbao [España], el día 2 de Marzo de 1780. Recibió el hábito franciscano el día 13 de Diciembre de 1798. Fué destinado al Colegio de San Fernando en Septiembre de 1804 y designado á California en Agosto de 1805. Estuvo en la misión de San Fernando de 1,905 á 1,806; en la de San Gabriel, de 1,806 á 1826; en la de San Juan Capistrano de 1,826 á 1,842, y en la de San Luis Rey desde 1842 hasta 1846. Desde el principio le consideraron los superiores como uno de los mejores y más celosos operarios, ya como sacerdote, ya como maestro en las cátedras, ya como diestro administrador de los bienes temporales. En San Gabriel fué donde mostró más ampliamente todas sus energías empleándolas en el mejoramiento material y moral de la misión. Bancroft dice hablando de este misionero: "Era ciertamente un modelo entre los hombres apostólicos de aquel tiempo, teniéndole en opinión de santo toda la gente de entonces y después." Jamás tomó parte en las contiendas políticas, y en 1829 declaró su voluntad de jurar alianza con la nación mexicana en cuanto su estado religioso se lo permitiera. En 1,838 no quiso aceptar el pasaporte que se le ofrecía para retirarse, á pretexto de que no había quien le sustituyera en la misión. Era muy versado en la lengua de los indios, en la cual solía predicar en San Gabriel. No hay indicio de que se hubiera enemistado con alguién ni de que dijese jamás palabra dura á persona alguna. Hallándose enfermo, rehusó separarse de S. Luis donde creía que se necesitaban todos sus servicios, pero al fin se pensó en que le sería mejor llevarle á San Juan Capistrano. Ya preparado todo para conducirlo allá con la comodidad posible, en lo cual se empeñaban cariñosamente el Padre Oliva y Apolinaria Lorenzana, criada fiel que le había asistido en su enfermedad, murió la noche anterior al día señalado para la partida. Ignórase la fecha de su fallecimiento, pero hay fundamentos para asegurar que acaeció en 1846.

A partir de esa fecha no hubo ya prelado residente en San Luis Rey, hablando en el sentido estricto de la palabra, puesto

que todos los conventos fueron desde entonces considerados como iglesias filiales pertenecientes á las parroquias y sujetas á la jurisdicción episcopal. Por aquellos días y después que se retiraron los antiguos religiosos, no quedaron sino unos cuantos sacerdotes para un territorio extenso, y se puede decir que San Luis Rey quedó totalmente abandonado, ya que rara vez se hacía el servicio divino por algún sacerdote de San Diego ó de San Juan Capistrano.

Muchas vicisitudes sobrevinieron en seguida á la desgraciada misión de San Luis Rey; ocupada en un principio por el General Fremont y sus tropas, lo fué después, á fines de 1,847 por otros que se llamaban á sí mismos custodios del convento. Los edificios, con todo eso, se conservaban en perfecto estado todavía por los años 1,860; pero cuando las gavillas de facciosos, creyéndose revestidos de cierta autoridad, empezaron á disponer de los materiales para destinarlos á su uso personal; empezó la ruina de los edificios de la Misión. Las casas fueron destechadas para aprovecharse de las tejas y las vigas; los hermosos arcos derribados por medio de cohetes y barrenos con el fin de apoderarse de los ladrillos de que estaban contruidos; las puertas y ventanas arrancadas y por último, sólo quedaban en pie algunos informes paredones expuestos á las inclemencias del tiempo y á la erosión causada por los huracanes y la lluvia.

Este fué el infeliz estado que guardaba la antigua Misión de San Luis Rey, en la cual iban á establecerse los emigrantes exclaustrosados en México y últimos restos del extinguido Colegio de Guadalupe. Hagamos la relación detallada de tan fausto acontecimiento, sirviéndonos de los "Apuntes de un Reporter" publicados en Zacatecas en 1893.

I. Desde Zacatecas.

El día 4 de Mayo de 1893, á la hora del crepúsculo, cuando las campanas de los templos hacían retumbar en las montañas el solemne toque del *Angelus*, un grupo formado de seis personas aguardaba ansiosa en el andén de la Estación, la llegada del tren del Sur. De las seis personas, cuatro eran sacerdotes de edad proveya y dos eran seglares y jóvenes de poca edad;

todos se disponían á emprender un viaje á los Estados Unidos, desempeñando cada cual distintas funciones. El más caracterizado era el Comisario General Fr. Guadalupe Alba, á quien acompañaba en calidad de Secretario el P. Fr. Angel Tiscareño; y de los otros dos, el uno estaba designado á ejercer la presidencia de la comunidad: su nombre, Fr. Ambrosio Malabehar, y el otro, Fr. Bernardino Martínez, debería servirle de Secretario en la nueva casa que iba á establecerse en San Luis Rey. Los dos jóvenes eran postulantes, quienes respondían á los nombres de Jesús de la Hoz y de Manuel [Antonio], Rizo. Los boletos que se compraron para cinco de los pasajeros, costaron noventa y siete pesos sesenta centavos, esto es, á razón de \$ 19. 40 cvs. cada pasaje en coche de segunda clase, debiendo recorrer, de Zacatecas á Ciudad Juárez, 1,263 kilómetros de vía.

Llegado que hubo el tren, todos subieron á bordo; y al partir con estruendo la locomotora, el Superior recitó el *itinerarium* entonando la antifona *in viam pacis*, y respondiendo los demás, fué tomando cada cual su asiento al concluir. Excusado es decir que la noche se pasó en desvelo. El Padre Malabehar, quizá por sus enfermedades, gastaba muy mal humor; apenas respondía cuando alguien le dirigía la palabra, y siempre era con aspereza ó empleando la sátira; señal clara de la amargura de su alma. Este mismo temperamento observó por todo el tiempo que permaneció en San Luis Rey; cuya fundación casi llegó á fracasar en sus manos.

El Padre Martínez, con semblante lastimero, no hacía más que lamentar á toda hora sus desventuras ó augurarlas para la nueva empresa en la cual parecía haber tomado participación de mal grado, y solamente por acatar la voluntad superior. Esto lo confirmó el día que vió partir de San Luis Rey al Padre Comisario, después de instalado el personal de la fundación, derramando abundantes lágrimas, como un chiquillo, porque se quedaba, contra su voluntad, en tierra extranjera, (donde no duró mucho tiempo).

El día 5 de Mayo llegaron á Torreón á las 9 de la mañana, debiendo detenerse allí unas dos horas en espera de que llegara el tren de Durango, que conectaba allí.

Torreón, en aquella época, estaba muy lejos de su actual engrandecimiento como una de las primeras ciudades del Estado de Coahuila. No era entonces más que un miserable cortijo en donde, fuera de las oficinas de la Estación del F. C. Central y las fábricas de jabón de "La Esperanza," no había más que un fonducho en donde algunos hijos del Celeste Imperio solían servir ratas mechadas, y una hilera de miserables chozas, donde apenas se conseguía comprar huevos fritos y frijoles muy mal cocidos.

Saliendo de Torreón, ya no hubo que detenerse sino algunos minutos donde había que tomar los alimentos, hasta llegar á Ciudad Juárez, en donde nuestros viajeros desembarcaron el día 7 por la mañana, permaneciendo allí una gran parte del día hasta en la tarde que pasaron al otro lado del río, alojándose en el hotel Vendóme, en el Paso [Texas], en donde tuvieron un pequeño contra tiempo. El joven Rizo, que acompañaba al P. Martínez, enfermó de difteria, y fué preciso apresurarse á salir del hotel, en previsión de tener que hacerlo de orden de la autoridad, que era allí muy estricta en materias de higiene.

La casa de comercio Kettelsen y Degetau, comisionada para proteger allí á los religiosos en cualquier emergencia, arregló el pasaje de estos hasta los Angeles; y tomando el tren á las diez de la mañana el 8 de Mayo, emprendieron la marcha, sin más percance que estropearse gravemente una pierna el referido P. Martínez al apearse cerca de Albuquerque, en medio de la más densa oscuridad, para transbordar; accidente ocurrido cerca de media noche. Siendo el frío intenso, á pesar de ser Mayo el mes que transcurría, el conductor juzgó oportuno encender fuego en la estufa del tren, y ya con eso se entró en agradable *confort*, pasando el resto de la noche con menos molestia.

II. En Estados Unidos.

Es el día 9 de Mayo de 1893. El cielo está cubierto. Niebla densísima, descendiendo desde lo más alto de la Siera de S. Gabriel, todo lo oculta á los ojos del viajero, que velozmente es conducido por rápida locomotora desde México hasta el país clásico de los placeres de oro. Instantes después el sol, ras-

gando á trechos el velo nimbooso que le cubre, deja ver, á la derecha del observador, las nevadas crestas del monte San Francisco, y á la izquierda, la arenosa extensión de los desiertos de Arizona. El viento fresco del Noroeste sopla con violencia; mas la locomotora alígera, despreciando la violencia del viento, parece desafiarle, bramando airada al chocar con su competidor. A su paso el suelo mismo se apresura á cambiar de aspecto; y todo es entrar en los límites de la Alta California para que en la naturaleza entera se verifique una sorprendente transformación. El viento cesa; la temperatura, de glacial que era, hace apenas sentir un fresco agradable; la espesa bruma se convierte en transparente tul que no tardarán en disipar los rayos del sol, y la aridez tan triste y repugnante del suelo, va dando lugar casi instantáneamente á una vegetación más rica á medida que el vaporoso tren va acercándose á la populosa ciudad de los Angeles.

Son las diez de la mañana, hora en que el esquilear de la campana de la locomotora anuncia haber llegado al andén; y desembarcando una numerosa turba de viajeros, nueve de estos diríjense al hotel Arcade, que es el más próximo afuera de la población, para ir á reparar las fuerzas perdidas durante un viaje de seis días, en el cual tuvieron que sufrir desvelos y privaciones. A su paso por entre la multitud fijanse en ellos todas las miradas; todos con interés preguntan quiénes son aquellos extranjeros, y pronto circula de boca en boca el rumor de que esos viajeros son unos misioneros mexicanos que, perseguidos por el Gobierno de su país, desde Zacatecas han venido á la Alta California en busca de hospitalidad y con la noble consigna de fundar un Colegio en la antigua Misión de San Luis Rey, y con el doble objeto de restaurar este decaído establecimiento é impedir que desaparezca para siempre el célebre y venerado Colegio de Guadalupe al descender á la tumba el último de sus preciosos vástagos.

El pueblo de los Estados Unidos, que, fuerza es confesarlo, es un gran pueblo, acoge con aplauso todo lo que coadyuba de algún modo á su engrandecimiento y á la realización de sus ideales de fraternidad y tolerancia; de consiguiente, el pensamiento de restaurar las antiguas misiones de la Alta California no puede ser fríamente considerado por una nación ávida del

acrecentamiento progresivo del número de sus habitantes, en cuyas energías tiene que cifrar su poderío creciente; así es que la llegada de los misioneros zacatecanos, cual valioso contingente, á una de las más florecientes ciudades de Occidente, fué celebrada del modo con que aquel pueblo acostumbra celebrar los acontecimientos faustos. El telégrafo difundió la noticia con rapidez en un radio de centenares de leguas; las empresas ferrocarrileras inventaron viajes de recreo con gran rebaja de precios de pasaje, y mil y mil curiosos, en más de cien leguas á la redonda, se apresuraron á abandonar sus hogares para ir al Condado de San Diego á presenciar uno de los acontecimientos más memorables en los fastos de las extensas playas del Pacífico.

III. En los Angeles.

La ciudad de los Angeles es una encantadora ciudad. Sus calles son rectas y espaciosas. Sus edificios magníficos, casi todos tienen vestíbulos elegantes, que sirven de veranda, estando abolido casi por completo el uso de los patios interiores y hasta las familias menos acomodadas ostentan en el exterior de sus casas la felicidad y el bienestar que rebosan de adentro, ya que no hay fachada, por modesta que pueda ser, que no esté adornada con graciosas enramadas de enredaderas varias ó con bellísimas y exquisitas flores, que cuelgan en festones. Y si el interior de la ciudad es tan bello, sus alrededores son pintorescos hasta lo indecible. Hermosas quintas, soberbias fábricas, espaciosos jardines y parques, bosques de frutales, colinas cubiertas de cipreses enanos, de abetos ó de cedros y extensísimos prados donde pacen numerosos ganados, y más cerca espesos naranjales, forman el marco donde queda como engastada la ciudad, llena de vida y movimiento, rebosando doquiera ese titánico vigor del cual es la expresión más propia el bramido penetrante y prolongado que lanzan á su vez las cien locomotoras que se cruzan por todas partes en sus cercanías á cada instante, arrastrando enormes trenes de donde se derraman, á guisa de gigantescos hormigueros, millares de hombres cargados de mercaderías.

Nuestros misioneros descienden de su alojamiento, y atravesando la ciudad en casi toda su longitud, encaminanse al



Ilmo. Sr. Francisco Mora, Obispo de Monterrey y los Angeles, [Cal.] Consagrado 3 de Agosto, 1873.—Coadjutor del Sr. Amat con derecho á la sucesión—sucedió á 12 de Mayo de 1878—Renunció el Obispado, 1º Febrero 1896—Murió 3 de Agosto de 1905, en Sarria—Barcelona—España.

Palacio Episcopal para tributar sus respetos al virtuoso y digno más que ilustre Obispo de los Angeles y Monterrey, quien en su bondad y benevolencia no ha esquivado tender una mano amiga á los infortunados exclaustros de Zacatecas, haciéndoles dueños de cincuenta y tres acres de terreno muy fértil, encomendando á su cuidado una selecta porción del rebaño de Jesucristo, que él mismo conduce á los pastos eternos, y dándoles lugar preferente en su estimación. Ni era menos de esperar del Ilmo. y Rmo. Sr. Dr. Dn. Francisco Mora, cuarto sucesor del Sr. García Diego, cuyo nombre es una de las glorias del Colegio de Guadalupe.